

El engoroso escape

Arjelia Guijosa

“¡Goooooooool!” gritaban los comentaristas deportivos en la televisión; como siempre el fútbol estaba desplegado en la pantalla. A los siete años, el fútbol no me interesaba, pero para mi abuelo era lo único que le importaba ver. En la sala, pintada de un chillante verde, había dos sofás viejos cayéndose a pedazos y cubiertos con sábanas para lucirse mejor. Había un mueble enorme que cubría casi toda una pared. Ese mueble estaba pintado de blanco y en las esquinas el barniz se estaba desportillando. Al centro de ese mueble es donde vivía el televisor; era una caja negra, cuadrada, con una antena apuntando para arriba y otra dirigida a la izquierda. Si movían las antenas, la pantalla se convertía en un arcoíris de negro, blanco y gris en donde sólo se escuchaba la estética. Nadie se le arrimaba a ese encierro nunca, y nadie menos mi abuelito controlaba la pantalla.

Aburrida de estar afuera jugando con mis muñecas, y goteando de sudor del ardiente calor, decidí entrar a la casa para ver caricaturas. En el centro de la sala estaba mi abuelo, Papá Candi, sentado en una silla. Cuando él miraba la televisión nunca se sentaba en los sofás; él constantemente agarraba una silla del comedor y la colocaba directamente en frente de la pantalla. Así nadie podía atravesarse entre él y la tele. Decidida a ver caricaturas, desarrollé un plan para quitarle el control.

Papá Candi, ya un poco viejo, siempre tenía sueño, especialmente al mirar la televisión. El ruido de la pantalla era como una canción de cuna para él y en segundos terminaba dormido. Caminando lentamente de puntillas hacia mi abuelo, podía escuchar sus ronquidos. ¡Su ronquido era espantoso! Se oía como si hubiera agua burbujeando dentro de su garganta a la misma vez que un pajarito silbaba tratando de salírsele de la boca. Al no aguantar el sonido horrendo, me metí los pulgares dentro de los oídos. “Ay, por fin paz”, pensaba al no oír más su gruñido.

A punto de llegar a mi abuelo, Papá Candi se espantó a sí mismo con sus ronquidos y dio un brinco en la silla. Rápidamente me cubrí la boca para no soltar el llanto que sentí al ver a mi abuelo moverse. ¡Ay, mi corazoncito estaba latiendo a mil, y ya no quise continuar más con mi plan, pero yo estaba decidida a quitarle el control de la televisión para ver mis caricaturas! Después de unos minutos de observar que mi abuelito ya no se movía, vi que sus ojos ya no parpadeaban y continué mi camino hacia él. Estaba tan cerca de mi abuelo que podía sentir su ardiente respiro en mi piel provocando que mi piel se enchinara.

¡Dentro de mí, sabía que si le iba a robar le control, debía hacerlo ya! En ese momento yo dejé de respirar para no hacer ruido, y cuidadosamente estiré mi mano para alcanzar el control de la televisión que estaba atrapado entre las manos de fierro de mi Papá Candi. Por no querer acercarme demasiado a él, estiré mi brazo todo lo que pude, y por fin logré tocar la punta del control. Celosamente le resbalaba el control de su empuñadura poco a poco intentando liberarlo. A punto de ser mío, mi abuelo perezosamente giró la cabeza y abrió los ojos hacia mí. “¿Qué haces?”, murmuró Papá Candi. Con la boca abierta y alzando mis manos como si fuera criminal, cautelosamente di un paso hacia atrás, luego otro, y luego otro. De nuevo mi abuelito se quedó con el control. Nunca logré liberar el control de esa prisión.